

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana

4

Buscadores de la voluntad del Padre

Pascua

CARITAS CHRISTI 2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, **simboliza el proceso de configuración con Cristo.**

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(Adviento-Navidad)
2. Consagrados a Dios y a los demás
(Tiempo Ordinario I)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(Cuaresma)
4. **Buscadores de la voluntad del Padre
(Pascua)**
5. Castos por el Reino de los cielos
(Tiempo Ordinario II)
6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(Tiempo Ordinario III)
7. Unidos para que el mundo crea
(Tiempo Ordinario IV)
8. Transformados por la Eucaristía
(Tiempo Ordinario V)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(Tiempo Ordinario VI)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 15



Pistas para la *lectio divina* > 16



Reflexión > 6

- 2.1. "Al misionero se le reconoce en la obediencia"
- 2.2. Para llegar a ser obediente se necesita ser libre
- 2.3. Hay que obedecer solo a Dios
- 2.4. La Virgen María, ejemplo de consagración total
- 2.5. Obediencia activa y responsable
- 2.6. La búsqueda conjunta de la voluntad de Dios
- 2.7. Proyección apostólica de nuestra obediencia
- 2.8. La disponibilidad para la misión universal
- 2.9. Las prioridades en el servicio de la autoridad



Textos para profundizar > 24

- Anexo 1: Instrucción *Faciem tuam, Domine, requiram* (5)
- Anexo 2: El misterio de la obediencia consagrada
- Anexo 3: La obediencia como liberación
- Anexo 4: La belleza de la vida consagrada

1. Introducción

Resuena en nuestra imaginación auditiva el famoso *Aleluya* de *El Mesías*, de G. F. Haendel, que nos contagia de júbilo con el ritmo arrollador del coro y el sonar triunfante de las trompetas y de los timbales.

Con la entrada en el tiempo pascual **se nos invita a participar de lleno en el misterio de la resurrección del Señor**. La pasión y la cruz han sido pasos necesarios, pero no podemos quedar absortos ante el Crucificado –y como paralizados–, sin reaccionar abriendo agradecidos y jubilosos todo nuestro ser a la vida que brota del “dulce leño” y de los “dulces clavos”.

Hemos de confesar y compartir nuestra alegría (¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!) porque creemos en la resurrección de Cristo. Y porque creemos, asimismo, en la nuestra propia.

No celebramos sólo la resurrección de Jesús,

sino también la de sus miembros. Por la fe y la celebración de los sacramentos (particularmente del bautismo) somos introducidos en el misterio pascual: pasión-muerte y resurrección del Señor. Su “nueva presencia”, que trasciende el tiempo y el espacio, nos introduce en el tiempo nuevo de la más plena comunión con Dios.

La exhortación de Pablo, leída en la vigilia pascual, resuena en nuestro interior con particular énfasis: “Los que por el bautismo fuimos incorporados a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (*Rm* 6, 3-11).

Pero, además, esta convicción debe reflejarse en nuestra vida: “Debemos buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios”



(Col 3, 1). **Somos invitados especialmente en este tiempo pascual a considerar el misterio íntegro de Cristo desde la virtud de la obediencia.** Toda la vida de Jesús transcurrió en obediente aceptación de los deseos del Padre: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hb 10, 5). “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre” (Jn 4, 34). Jesús es nuestro modelo de obediencia y, simultáneamente, es la personificación de toda autoridad. Cristo, vencedor de la muerte por su resurrección, se ha convertido en autoridad –en Señor– precisamente por su obediencia, por su anonadamiento y muerte en Cruz.

Por su obediencia hasta la muerte, y muerte de Cruz, Jesús Resucitado ha quedado constituido en poder (cf. Rm 1, 4), en estado de señorío, “con un nombre que está por encima de todo nombre... y al que toda lengua ha de proclamar Señor” (Flp 2,

9–11). “El Padre le ha dado todo poder y autoridad sobre todas las cosas” (Mt 28, 18). Es decir, él es el único Señor, la única autoridad a la que nos sometemos y obedecemos, porque, en definitiva, toda obediencia en la Iglesia consiste en obedecer a Cristo y –por Cristo– al Padre. Y es obediencia en el Espíritu.

Realicemos este recorrido de la etapa *Caritas Christi* ahondando en el misterio pascual, configurándonos más y más con Cristo desde nuestra obediencia consagrada. Y, a lo largo de esta etapa, **contemplemos asiduamente la figura materna de María**, la esclava del Señor, la primera y fiel discípula de su Hijo Jesús, la que guardaba todo en su Corazón. E intentemos apropiarnos su actitud radical e incondicional de fe-obediencia a la voluntad de Dios.

2. Reflexión

2.1. “Al verdadero misionero se le reconoce en la obediencia” (CC 29)

Un anuncio publicitario de la televisión, emitido hace ya unos cuantos años, aseguraba la eficacia de un producto de limpieza de la siguiente manera: un mayordomo sometía un mueble abrigantado, una superficie recién pulida, a la “prueba del algodón”. Si la bolita de algodón con que se frotaba la superficie permanecía inmaculada, entonces es que el producto de marca que había sido aplicado era realmente eficaz. “El algodón no engaña”, afirmaba el mayordomo. De otra suerte...

La “prueba del algodón” del auténtico misionero es la obediencia. Lo afirmaban las Constituciones de 1857, reflejando el pensamiento del mismo Fundador: “En esto se conocerá el verdadero misionero y el fingido” (CC de 1857, n. 65). Y las actuales Constituciones renovadas (1982), lo repiten: “Al verdadero misionero se le reconoce en la obediencia” (CC 29). ¡Prueba infalible!

Analiza sinceramente, hermano, tu práctica de la obediencia. Porque ahí podrás descubrir tu verdadera identidad de misionero claretiano. Si sales indemne de esta prueba, podrás considerarte un misionero en toda regla. Pero si observas máculas en su práctica, entonces tu identidad como misionero quedará en entredicho.



Ejercicio 1: Examen de conciencia (la “prueba del algodón”)

- ¿Tienes a preferir tu punto de vista al de los demás?
- ¿Cuestionas demasiado las órdenes u orientaciones que no coinciden con tu pensamiento?
- ¿Sueles salirte con la tuya habitualmente?
- ¿Tus hermanos de comunidad son una mediación habitual en tu toma de decisiones?
- ¿Tus “decisiones”, aunque no sean muy importantes, las tomas casi siempre por propia iniciativa, sin consultar con nadie, ni siquiera con el que está ejerciendo el servicio de la autoridad?

2.2. Para llegar a ser obediente se necesita ser verdaderamente libre

No es una afirmación tópica. No es una afirmación que resulte evidente a primera vista. Para llegar a ser obediente es necesario llegar antes a ser en verdad libre.

Quien no es libre no puede ser obediente.

El proceso humano a través del cual se alcanza la meta de la auténtica libertad pasa por estadios evolutivos caracterizados, en primer lugar, por la *sumisión* (característica de la edad infantil) como aceptación forzada,

aunque inconsciente, de lo que viene ordenado por los padres o educadores...; es seguida por una postura de *rebeldía* (típica de la adolescencia), marcada por comportamientos de oposición a lo que se ordena, con el deseo de autoafirmación; y, finalmente, es coronada por la posesión de

un estado de *autonomía* (característica de la edad adulta) como signo de madurez más o menos lograda.

El religioso, solo desde la conquista de su autonomía y con la consciencia de la libertad en su poder, puede ofrendar en fe su vida al Señor y someterse a las diversas mediaciones humanas.

Los vientos que soplan del individualismo, del secularismo, de la libertad rayana en el libertinaje (“hacer lo que me place”), de la exagerada valoración de la autonomía personal, la invasión de un dogmatismo democrático sin más referencias ni limitaciones..., conducen a una difícil aceptación de la obediencia consagrada, tantas veces caricaturizada como infantilismo, irracionalidad, sometimiento absurdo al querer ajeno. La Exhortación apostólica *Vita consecrata*, de Juan Pablo II, reconocía que estamos en un mundo en el que se experimenta la “provocación” que emerge de concepciones deformadas de la libertad (cf. VC 91).

Pero no podemos bailar al son de quienes –desde fuera– nos juzgan y determinan que el estilo de vida de obediencia religiosa que profesamos es inhumano y es lesivo de la dignidad de la persona. La vida consagrada ofrece a este mundo una respuesta existencial que es testimonio vivo de que

“no hay contradicción entre obediencia y libertad” (VC 91).

En efecto, nosotros pretendemos vivir y testimoniar **una obediencia que es experiencia de liberación personal**: en el seguimiento e imitación de Jesucristo, obediente a la voluntad del Padre, en clima de fraternidad y en el común empeño por aunar fuerzas para la misión.

Nosotros intentamos re-vivir el misterio de obediencia radical vivido por Jesús en su existencia terrena, que consistió en someterse totalmente al querer de su Padre, manifestado muchas veces a través de mediaciones humanas. Así, nosotros, por vocación divina, nos esforzamos por imitar a Cristo en su obediencia filial y total al Padre a través de múltiples mediaciones, como son: la Palabra de Dios, el magisterio eclesial, los signos de los tiempos, las voces de la humanidad y de los más necesitados, la comunidad de hermanos, las orientaciones de nuestro propio

instituto (Constituciones, especialmente), nuestros superiores... ¡y nuestra propia conciencia!

De esta suerte, en respuesta a la gracia de la vocación con que Dios nos ha enriquecido, **intentamos representar en la Iglesia el misterio de obediencia radical de Jesús**, su modo histórico de vivir en total entrega a la voluntad de su Padre.

Tú, hermano, ¿te sientes verdaderamente libre y realizado como consagrado al Señor cuando obedeces, como miembro de



una fraternidad local y provincial, y como apóstol en el desempeño de la misión que se te ha confiado?



Ejercicio 2: Test de la actitud madura de obediencia

En el itinerario hacia la autorrealización –nunca del todo conseguida–, podemos adoptar diversas posturas, que son indicativas del grado de madurez que vamos logrando. Adivina en qué porcentaje aproximado de logro te sitúas en este momento de tu vida, analizando algunas de tus reacciones en el campo de la autonomía-obediencia religiosa:

1. Predominio de **actitudes de pasiva sumisión** en la práctica de la obediencia religiosa y en la relación con los demás:

En torno al 75 % En torno al 50 % En torno al 25 %

2. Predominio de **actitudes de rebeldía u oposición sistemática** a las órdenes u orientaciones recibidas:

En torno al 75 % En torno al 50 % En torno al 25 %

3. Predominio de **actitudes de madurez**: obediencia activa y responsable, libertad para exponer las razones en contra, relaciones cordiales con superiores y hermanos:

En torno al 75 % En torno al 50 % En torno al 25 %

2.3. Obedecer –lo que se dice “obedecer”–, hay que obedecer solo a Dios

La práctica de la obediencia requiere oído fino. Obedecer viene de *ob-audire*, que significa prestar atención, escuchar bien. Interesa mucho tener oído agudo para escuchar bien la voz de Dios que nos habla a través de los superiores, de los hermanos de nuestra comunidad, de las personas con las que nos relacionamos en el apostolado, de los acontecimientos de la historia, de la misma vida ordinaria.

Hay quien se considera obediente porque “cumple” con lo establecido. Hay quien ejecuta a la perfección la partitura de las obligaciones profesionales y religiosas. Es un perfecto fariseo. Tal vez debiera cuestionarse si sus pautas habituales de comportamiento están respondiendo al plan de Dios sobre su vida, o si

solo es un repetidor inconsciente de costumbres o hábitos adquiridos que le otorgan una beata seguridad.

No te empeñes en ser un exacto cumplidor de normas, sino fiel, obediente a lo que Dios te pide y espera de ti. Para ello, limpia tus oídos, presta atención al susurro del Espíritu, acostúmbrate a oír la voz de Dios, bien discernida de otras voces, de otros rumores, de otros ruidos, del estrépito exterior.

Y sé consciente de que **obedecer no es lo mismo que acatar de forma servil o infantil**. La obediencia no es un “escuchar” propio de esclavos ni de niños. Es, ante todo, una actitud confiada, filial:

“Es un particular tipo de escucha que sólo puede prestar un hijo a su padre, por tener la certeza de que el padre sólo tiene cosas buenas que decir y dar al hijo; una escucha entretejida de

una confianza que al hijo le hace acoger la voluntad del padre, seguro como está de que será para su bien” (*Faciem tuam, Domine*, 5).

En el proceso de tu configuración con Cristo, obediente al Padre hasta su muerte en cruz, deberás avanzar cuidando de tener un oído agudo para que escuches bien la voz de Dios; y una mirada despejada, para que veas con la mayor claridad posible que de lo que se trata es de conocer y después realizar en tu vida y en tus actividades la voluntad de Dios.

Cuando en ese proceso reparas demasiado en las mediaciones que vehiculan esa voluntad de Dios, arriesgas mucho. Te olvidas de que lo que importa es justamente obedecer a Dios, no secundar sin más las directrices ajenas, por acertadas o equivocadas que éstas puedan ser.

2.4. La Virgen María, ejemplo de consagración total a la persona y a la obra de su Hijo

“A imitación de Jesucristo, que fue enviado para hacer la voluntad del Padre, y a ejemplo de la Santísima Virgen, que se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra del Hijo, también nosotros, movidos por el Espíritu Santo, nos proponemos cumplir la voluntad del Padre dentro de nuestra Congregación” (CC 28).

El modelo de obediencia es Jesucristo. El ejemplo de obediencia es María, la Madre de Jesús.

Ella es la esclava obediente del Señor. Con sus palabras en el misterio de la Anunciación (“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” –Lc 1, 38–), María responde a Dios con un acto libre de consciente abandono a su voluntad.

Como comentaba Juan Pablo II en una de sus catequesis (4-IX-1996), la expresión *siervo de Dios* se aplica en el Antiguo Testamento a todos los que son llamados a ejercer una misión en favor del pueblo elegido: Abraham (cf. Gn 26, 24), Isaac (cf. Gn 24, 14) Jacob (cf. Ex 32, 13; Ez 37, 25), Josué (Jos 24, 29), David (cf. 2 Sam 7, 8) etc. Son siervos también los profetas y los sacerdotes, a quienes se encomienda la misión de formar al pueblo para el servicio

fiel del Señor. El libro del profeta Isaías exalta en la docilidad del “Siervo sufriente” un modelo de fidelidad a Dios con la esperanza de rescate por los pecados del pueblo (cf. Is 42-53). También algunas mujeres brindan ejemplos de fidelidad, como la reina Ester, que, antes de interceder por la salvación de los hebreos, dirige una oración a Dios, llamándose varias veces “tu sierva” (Est 4, 17).

Así, María, la “llena de gracia”, se proclamó “esclava del Señor”, comprometiéndose a realizar personalmente de modo perfecto el servicio que Dios esperaba de ella, asumiendo plenamente su función materna con respecto a Jesús y acompañándolo en su misión de Siervo.

A este compromiso de vivir consagrada totalmente a la persona y a la obra de su Hijo ella



asoció también el compromiso de servir al prójimo, como lo demuestra el episodio de la Visitación: cuando el ángel le informa de que Isabel espera el nacimiento de un hijo, María se pone en camino y “de prisa” (Lc 1, 39) acude a Galilea para ayudar a su prima en los preparativos del nacimiento del niño, con plena disponibilidad. Ejemplo sublime de servicio al prójimo.

La docilidad-obediencia de María es anuncio y prefiguración de la obediencia absoluta de Jesús a su Padre celestial. En esta misma línea de su Hijo, María hizo de la voluntad del Padre el principio inspirador de toda su existencia, buscando en ella la fuerza



necesaria para el cumplimiento de la misión que se le confió. Con su obediencia plena a la voluntad de Dios, María estuvo dispuesta a vivir todo lo que el amor divino tenía previsto para ella, incluida la “espada” que atravesaría su Corazón.

Miremos el ejemplo de obediencia de María para mejor seguir e imitar al modelo, Jesucristo.

2.5. Obediencia activa y responsable

Antaño se promovía un tipo de obediencia religiosa denominada “ciega”. Con la renovación conciliar, el tipo de obediencia que se promueve es más bien denominada “activa y responsable” (cf. PC 14).

La obediencia llamada “ciega”, practicada por los buenos religiosos de otros tiempos, eliminaba por principio cualquier atisbo de disensión o puesta en tela de juicio de las decisiones tomadas por los que ejercían el cargo de superior. La voz del superior era automáticamente la voz de Dios. No se dudaba lo más mínimo, sal-

vo por parte de algunos religiosos más críticos o perspicaces.

Es claro que esa radiografía de la “obediencia ciega” es solo una simplificación, una caricatura. Pero sirve para contrastarla con el tipo de obediencia que actualmente se reconoce no solo como válida sino también como más perfecta: la obediencia “activa y responsable”.

No es obediente aquel claretiano que se somete ciegamente a los mandatos de su superior. Tiene que abrir los ojos para analizar desde su propio punto de vista –iluminado por la fe– los mandatos, órdenes, sugerencias, simples insinuaciones, decisiones firmes... Y tiene que tener la valentía, si fuera preciso, previa la consulta con Dios (cf. CC 31), de exponer con espíritu humilde y sincero su parecer en el caso de que sea contrario a lo mandado. Ciertamente, al final deberá acatar lo que se decida. Pero este final no le excusa de pensar y exponer con franqueza su punto de vista.

Es obediente, no quien no ve (“obediencia ciega”), o quien

no quiere mirar (obediencia interesada), sino quien viendo incluso razones en contra, una vez expuestas estas con humildad y libertad de espíritu, acata y ejecuta lo mandado con “todas sus fuerzas”, como si fuera de propia iniciativa, con decisión e incluso entusiasmo, sabiendo que así cumple la voluntad de Dios, no la de los hombres.

Las Constituciones nos instan a la práctica de una obediencia bien motivada (“impulsados por el amor”), diligente y perfecta (cf. CC 31). Nos urgen a una ejecución de lo mandado y a un cumplimiento cabal de los cargos encomendados, realizándolos con todas nuestras energías personales.

¿No es cierto que este tipo de obediencia, “activa y responsable”, sigue siendo un reto difícil, más difícil aún que el de la “obediencia ciega”? El mundo no acabará nunca de entenderlo. Nosotros hemos de comprenderlo al menos como gracia que se nos otorga para imitar así más de cerca a Jesucristo, obediente a la voluntad del Padre.

Ejercicio 3: Da un repaso a los destinos de tu vida (*Ecce ego, mitte me!*)

Estás invitado a recordar –rebobinando la película de tu propia historia– los destinos que has tenido a lo largo de tu vida. Recuérdalos uno por uno. Cada uno de ellos te sorprendió en un lugar distinto, con unas actividades con las que probablemente te sentías muy identificado, tal vez rodeado de personas de dentro y de fuera que valoraban y apoyaban lo que hacías.

1. Analiza tranquilamente, en clima de oración personal, las **razones que motivaron esos destinos**, esos traslados, esos cambios (inesperados o muy esperados). Y, sobre todo, analiza tu reacción personal al enfrentarte a cada uno de esos destinos.
2. Pregúntate si en cada uno de ellos te dejaste llevar del **espíritu de obediencia para aceptarlos**. O si fuiste tú mismo quien sugeriste o pediste dichos destinos, y las razones que te motivaron a ello.
3. Recuerda si hubo **una aceptación obediente y una actitud colaboradora** en la aceptación de los mismos (actitud de obediencia pronta y perfecta), o si tuvieron que forzarte, insistirte, animarte para que los aceptaras. En definitiva, concluye si en tus destinos se refleja una actitud vital de obediencia verdadera o no.



2.6. La búsqueda conjunta de la voluntad de Dios

Dicen las Constituciones: “... todos nosotros, que compartimos la misma vocación, buscamos juntos conocer y hacer la voluntad de Dios” (CC 29).

El que tiene el cargo de superior está llamado a desempeñar un papel –una misión– insustituible, ciertamente, en la comunidad de hermanos, como signo de unión y guía en la búsqueda de la voluntad de Dios y en su realización.

Ahora bien, eso no obsta para que todos los miembros de la comunidad estén, a su vez, llamados también a buscar conjuntamente esa divina voluntad. Es lo que se llama la “participación coral comunitaria” (cf. *Faciem tuam, Domine*, 25a).

Hay religiosos a quienes les cuesta enormemente este ejercicio coral comunitario. Preferirían que fuera uno solo –el superior– quien asumiera la responsabilidad de pensar y determinar por sí solo lo que se ha de hacer, lo que es voluntad de Dios.

Pero no se puede abdicar de este derecho y de esta obligación a colaborar conjuntamente en la búsqueda de la voluntad divina. No se trata de ceder a un común sentir democrático, hoy cada vez más asentado en nuestro mundo. Es que la comunidad en su conjunto, con el superior incluido, es mediación igualmente insustituible en este proceso de búsqueda

y realización del designio amoroso de Dios sobre toda la comunidad y sobre cada una de las personas que la componen.

Todos hemos de aceptar y agradecer que la comunidad sea “el lugar privilegiado para reconocer y acoger la voluntad de Dios” (*Faciem tuam, Domine*, 20e; cf. VC 92).

Tú, hermano, ¿has tomado conciencia de esta responsabilidad que te incumbe en cuanto miembro de una comunidad concreta, aquella en la que vives y desde la que realizas tu apostolado?

Ejercicio 4: Comunicación y diálogo en la comunidad

El diálogo es un instrumento precioso en la comunicación humana, merecedor del aprecio y puesta en práctica en nuestras comunidades, tanto entre superiores y súbditos como entre todos los miembros de la comunidad. Las Constituciones lo mencionan como una ayuda a los hermanos en la búsqueda de la voluntad divina, junto con la oración y el consejo:

“En la búsqueda y en el cumplimiento de la voluntad divina todos estamos obligados a ofrecer nuestra ayuda a los hermanos con la oración, el consejo y el diálogo fraterno” (CC 29).

Pero el diálogo requiere un aprendizaje. Y tiene sus exigencias o reglas. Reflexiona sobre cada una de ellas e intenta ponerlas en práctica:

1. Cancelar el egoísmo y construir un sincero altruismo que te mueva a valorar a los otros con una actitud dialógica.
2. Estar siempre abierto a los demás con la receptividad del aprendiz y sin las ínfulas del soberbio.
3. Interesarte genuinamente por los que piensan diferente para que te ayuden a ver lo que tú no puedes o no quieres ver.
4. Crecer más y más en tolerancia para no caer en el fanatismo, la discriminación y la falta de respeto.
5. Prestar atención a quien te habla, de modo que captes no solo sus palabras sino todos sus gestos y emociones.
6. Asimilar las ideas ajenas con una comprensión que permita ponerse en el lugar del otro para entenderlo.
7. Dialogar en un clima de amor, serenidad y sencillez bajo la guía del mejor maestro: Dios.

(Cf. G. Gallo G., *El milagro está en nuestras manos*)

2.7. Proyección apostólica de nuestra obediencia

Misión y obediencia se implican mutuamente. Jesús es nuestro modelo de obediencia a la voluntad de Dios. Él hace siempre lo que le agrada al Padre. Toda su vida es misión del Padre. “Él es la misión del Padre” (*Faciam tuam, Domine*, 23).

El Directorio nos recuerda que los misioneros claretianos hemos de mirar la obediencia como virtud esencialmente apostólica (cf. *Dir* 76).

Tenemos el ejemplo luminoso de nuestro Fundador, quien siempre actuaba bajo la dirección de sus superiores, como criterio

Así, nosotros hemos de valorar la obediencia como virtud eminentemente misionera. La razón de nuestra consagración religiosa es la configuración con Cristo, “el Misionero del Padre” (cf. *17 Cap. Gen., 1VR* 4). Y nuestra vivencia de esta virtud solo alcanzará su sentido pleno si logramos vivirla con esa proyección apostólica.

La misión para el claretiano no consiste en un compendio de actividades u obras, por importantes que estas sean. **La misión es el eje transversal que atraviesa e impregna de sentido evangelizador toda nuestra vida: consagración, vida fraterna y obras del apostolado.**

Somos “obedientes” como

ción, ante todo nos dejamos conducir por el deseo de realizar la adorable voluntad de Dios (cf. *Faciam tuam, Domine*, 24).

2.8. La disponibilidad para la misión universal

“Los Misioneros estarán libres para que puedan ser enviados a cualquier parte del mundo y preparados para cualquier ministerio que les sea encomendado por la Congregación a través de los Superiores” (*CC* 32).

Antiguamente –lo recuerdan nuestros hermanos mayores– se recibía con toda normalidad un destino por sorpresa. Los “padres jóvenes” que realizaban el año de



práctico de su conciencia misionera de “enviado de Dios”: “Conocí que nunca jamás el misionero se debe entrometer; debe ofrecerse al Prelado; debe decir: *Ecce ego, mitte me*; pero no debe ir hasta que el Prelado lo mande, que será mandato del mismo Dios” (*Aut* 195).

La motivación de fondo de esa manera de actuar de nuestro Fundador era el ejemplo del mismo Jesucristo, enviado del Padre.

claretianos si somos simultáneamente “misioneros”. Y somos auténticos “misioneros” si encarnamos en nuestra vida la virtud de la obediencia, sea cualquiera que sea la actividad que realicemos y el lugar a donde seamos destinados y donde desempeñemos nuestros cargos y demás tareas que la Congregación nos confíe.

“Estamos en misión” –somos en verdad misioneros– cuando, lejos de perseguir la autoafirma-

pastoral al finalizar la carrera, una vez concluido, recibían un sobre cerrado conteniendo el destino del P. General. Muchos iniciaron así su trayectoria misionera por lejanas tierras, sin la esperanza de regresar algún día a la propia patria. Eso no se estilaba en aquel entonces. Se partía y se “quemaban las naves” en aras de la misión encomendada.

Han cambiado los tiempos. Hoy día, los superiores consultan,



dialogan, escuchan... y luego destinan. Muchos misioneros continúan partiendo hacia lejanas tierras. “Lejanas” de donde estaban. “Cercanas” a partir de entonces y tan queridas como aquellas que dejaron. Hoy día también se regresa a la propia patria. Y se mantienen fluidas relaciones epistolares y por internet o por teléfono con la familia.

Pero el espíritu de disponibilidad misionera es –debe ser– el mismo. Pertenece a la esencia de la vocación claretiana. Claret decía: “Mi espíritu es para todo el mundo”. Justamente, “el don que hemos recibido hace de nosotros una comunidad al servicio de la Iglesia. Esto nos exige un esfuerzo constante para identificarnos vocacionalmente en la comunión congregacional y en la disponibilidad para la misión universal” (*Dir* 104).

Las Constituciones nos exhortan a fomentar en nosotros mismos el sentido de disponibilidad, de modo que estemos dispuestos a renunciar a todo lo que hasta ahora hemos tenido, con el fin de realizar la misión de propagar la fe, tanto dentro como fuera de las fronteras de nuestra patria, dóciles al Espíritu y obedientes a la misión (cf. CC 48).

A los misioneros en formación, cuando se acerca la fecha de su profesión perpetua, se les invita a escribir una carta al P. General “para manifestarle sus disposiciones y aspiraciones de cara al servicio misionero de la Congregación” (*Dir* 225).

¿Qué tal si te animaras uno de estos días, previa una consulta en la oración con el Señor, a escribir una carta al P. General manifestándole tu disponibilidad misionera?

2.9. Las prioridades en el servicio de la autoridad

Si eres superior –o si desempeñas cargos de dirección o similar responsabilidad en cualquier área del apostolado– **examina detenidamente cómo realizas ese servicio** a la luz de la Instrucción *Faciem tuam, Domine*, 13:

a) ¿Es el tuyo un servicio eminentemente espiritual? ¿O te pierdes en roles de suyo tan poco espirituales como los de la organización, la administración, la disciplina...?

b) ¿Sabes escuchar a los otros? ¿Tienes una familiaridad orante y cotidiana con la Palabra de Dios, con las Constituciones, con los signos de los tiempos...?

c) ¿Eres garante de la calidad de la vida de oración de todos y cada uno de tus hermanos de comunidad? ¿Tienes cuidado de que se dedique un tiempo noble a la práctica de la oración en común?

d) ¿Te comprometes en serio a promover la dignidad de cada miembro de tu comunidad? ¿Cuentas con ellos solo para los trabajos, servicios, apostolados..., o te interesas también de sus problemas, inquietudes, salud, estado de ánimo?

e) ¿Eres apoyo incondicional para tus hermanos; eres sacrificado, disponible, atento en sus tribulaciones? ¿Les das ánimos y esperanzas en sus dificultades?

f) ¿Eres “memoria viva” del carisma congregacional? ¿Tú lo conoces bien y lo encarnas en tu propia vida? ¿Quién te contempla en el ejercicio de tu cargo, ve reflejada en ti efectivamente la fidelidad al carisma claretiano?

g) ¿Mantienes vivo, en medio de tu comunidad, el *sentire cum Ecclesia*? ¿Favoreces la comunión eclesial en tu propio ámbito y círculo de actuación: comunidad, apostolado, relaciones diocesanas...?

h) Para fomentar la formación permanente, ¿echas mano de los dinamismos ordinarios que favorecen el crecimiento humano y espiritual de tus hermanos de comunidad (reuniones, revisiones, estudio, tiempos de oración y momentos de compartir)?



3. Sugerencias para el encuentro comunitario

Se sugiere el siguiente guión:

1. **Iniciar con una plegaria:** “Queremos hacer tu voluntad” (*Directorio Espiritual*, nº 83, pp. 63-64).
2. **Lectura de *Vita Consecrata*:**

“La vida fraterna –dice Juan Pablo II en *Vita Consecrata*– es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de él, al servicio del discernimiento y de la comunión” (VC 92).

3. Diálogo comunitario

Compartir en diálogo franco y distendido la manera cómo vamos realizando el diálogo entre hermanos. Se sugieren algunas preguntas al comienzo para animar la participación:

- ¿Estamos convencidos de que la comunidad ha de ser ese lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón?
 - ¿Se echa en falta, de hecho, la implicación de todos nosotros en esta tarea? ¿Cuáles serían los posibles impedimentos o dificultades reales para su puesta en práctica? ¿Existen reparos personales, falta de libertad, falta de ocasiones...?
 - ¿En qué asuntos quisiéramos que se nos brindara la oportunidad de dialogar entre todos nosotros, incluido el superior?
 - ¿Qué cualidades o actitudes nos parecen las imprescindibles para la puesta en práctica del diálogo comunitario?
4. **Terminar con una plegaria:** “Obediencia en comunión” (*Directorio Espiritual*, nº 62, p. 51).





5. Pistas para la *lectio divina*

Pascua es la más antigua y la más grande de las fiestas cristianas. Su celebración en la vigilia pascual constituye el corazón del año litúrgico. Dicha celebración, precedida por los cuarenta días de cuaresma, se prolonga a lo largo de todo el período de cincuenta días que llamamos tiempo pascual. Esta es la gran época de gozo, que culmina en la fiesta de Pentecostés, que completa nuestras celebraciones pascuales.

El calendario romano general proporciona una clave para la comprensión de esta época en su sección sobre el tiempo pascual: "Los cincuenta días que van desde el domingo de resurrección hasta el domingo de pentecostés han de ser celebrados con alegría y exultación, como si se tratara de un solo y único día festivo; más aun, como un *gran domingo*" (nn. 22-26). Estos son los días en los que principalmente se canta el *Aleluya*.

La Iglesia nos invita a recuperar el espíritu del antiguo Pentecostés y el sentido de celebración, que no se conforma con un día, ni siquiera con una octava, para celebrar la Pascua, sino que requiere todo un período de tiempo. **El misterio de la resurrección recorre todo este tiempo.** Se lo contempla bajo todos sus aspectos durante los cincuenta días. La buena nueva de la salvación es la causa del regocijo de la Iglesia. La resurrección se presenta a la vez como acontecimiento y como realidad omnipresente, como misterio salvador que actúa constantemente en la Iglesia.

Domingo 31 de Marzo de 2013. Domingo de Pascua

- Hch 10, 34a. 37-43
- Sal 117
- Col 3, 1-4
- Jn 20, 1-9

Era todavía de noche cuando María Magdalena se llegó al sepulcro. Era de noche fuera y también dentro del corazón. Había muerto el que “había hecho todo bien”. Todo eran recuerdos del pasado. Y, sin embargo, estaba amaneciendo una nueva vida para el mundo. Jesús había roto las puertas del abismo y había iniciado la resurrección, una resurrección que no acabará hasta su segunda venida. ¡Cantemos todos *Aleluya!*

Lunes 1 de Abril de 2013. Lunes de la octava de Pascua

- Hch 2,14.22-23
- Sal 15
- Mt 28,8-15

El Señor sabe que el mundo quiere que las tumbas estén bien selladas, y se sirve de la mentira y de la corrupción para que no se extienda la noticia de que Él ha resucitado. Hay quien está dispuesto a todo para que no se divulgue la buena nueva de la liberación, de la victoria de la vida sobre la muerte, de la victoria del amor hacia los otros por encima del amor hacia sí mismos.

Martes 2 de Abril de 2013. Martes de la octava de Pascua

- Hch 2,36-41
- Sal 32
- Jn 20,11-18

María Magdalena está junto al sepulcro del Señor. Busca al Maestro. Pregunta. Por fin ve a Jesús, pero no lo reconoce. Es lo que nos pasa a nosotros con el Evangelio. Lo que nos permite conocer al Señor no son los ojos, sino la voz. El timbre, el tono el nombre pronunciado con amor. María Magdalena es un ejemplo del verdadero creyente que busca al Señor.

Miércoles 3 de Abril de 2013. Miércoles de la octava de Pascua

- Hch 3,1-10
- Sal 104
- Lc 24,13-35

Los dos discípulos vuelven tristes a Emaús, su antiguo mundo, a retomar su vida de siempre. Y no les faltan motivos. ¡Cuántas veces llegan momentos como estos en nuestra vida! Necesitamos que alguien se nos acerque y nos recuerde, nos vuelva a pasar por el corazón, las palabras y los hechos de Jesús, su Evangelio, para que podamos también nosotros, con el corazón abrasado, decirle: “¡Quédate con nosotros!”.

Jueves 4 de Abril de 2013. Jueves de la octava de Pascua

- Hch 3,11-26
- Sal 8
- Lc 24,35-48

Finalmente Jesús se aparece a los apóstoles. La comunidad está encerrada en el cenáculo, por miedo. Un miedo que nosotros conocemos bien. Esas veces que cerramos la puerta de nuestro corazón por temor a perder algo. Pero el Resucitado es capaz de traspasar esas puertas para transmitirnos un mensaje de paz. Una paz en la que no creen los discípulos. Hasta que muestra sus manos y pies, los testigos del su sufrimiento.

Viernes 5 de Abril de 2013. Viernes de la octava de Pascua

- Hch 4,1-12
- Sal 117
- Jn 21,1-14

Los discípulos, que habían abandonado sus redes para convertirse en pescadores de hombres, vuelven a ser pescadores de peces, pero ahora incapaces e inútiles. Y así los encuentra el Resucitado. No le conocen. La experiencia del fracaso les nubla la vista, es de noche. La cercanía de Jesús les trae la luz y la abundancia de peces. Llega la fiesta, la comida, la bebida. El está con ellos de nuevo.

Sábado 6 de Abril de 2013. Sábado de la octava de Pascua

- Hch 4,13-21
- Sal 117
- Mc 16,9-15

María Magdalena, se convierte en la primera anunciadora de la resurrección. Pero los discípulos no la creen. Es difícil para este mundo creer en los débiles, en los que “no tienen palabra”. Pero el Señor nos ha enseñado que quiere servirse de la debilidad para confundir a los fuertes. Es duro reconocer que los primeros anunciadores de la resurrección no fueron los que iban a ser los responsables de la Iglesia.

Domingo 7 de Abril de 2013. Segundo Domingo de Pascua

- Hch 5, 12-16
- Sal 117
- Ap 1, 9-11a. 12-13. 17-19
- Jn 20, 19-31

La tarde del día de Pascua todos los apóstoles estaban encerrados en el cenáculo. Entra Jesús en ese círculo cerrado para abrir las puertas y mostrarles un nuevo horizonte. No todos quieren verlo, pero sí pueden ver los argumentos de Jesús: sus llagas. Todos podemos verlo. Es el momento del envío. Hay que meter la mano en las heridas del mundo. No hay tiempo que perder.

Lunes 8 de Abril de 2013. Solemnidad de la Anunciación del Señor

- Is 7,10-14; 8,10
- Sal 39
- Heb 10,4-10
- Lc 1,26-38

María es una muchacha como todas y vive la vida ordinaria de su pueblo. Pero fue mirada por el Señor. Y la mirada de Dios transforma. A Pedro le hizo llorar, a María le hizo concebir la Palabra definitiva. Pero no sólo la miró, también le dirigió la palabra a través del ángel. Y la palabra de Dios tampoco deja a nadie indiferente. Dios habla y crea. Pero en este caso necesitaba el sí de María.

Martes 9 de Abril de 2013

- Hch 4,32-37
- Sal 92
- Jn 3,5a.7b-15

Jesús aclara que el nacer de lo alto no se limita a un sentido vago de religiosidad. Se trata de elegir a una persona viva y concreta, el Cristo, con todo lo que esa persona lleva consigo. El hombre no se puede salvar con una espiritualidad a la carta. Es necesario que la salvación venga de lo alto, porque nadie ha subido jamás al cielo sino el Hijo del Hombre.

Miércoles 10 de Abril de 2013

- Hch 5,17-26
- Sal 33
- Jn 3,16-21

Nunca ha estado Dios tan cercano al hombre como cuando se hizo uno de nosotros. No se puede pedir una prueba mayor de amor. Contra lo que es costumbre entre los hombres, el Dios hecho hombre no considera un valor su vida si no es para darla por los demás. El amor gratuito se convierte en una novedad que ilumina la oscuridad del egoísmo. No viene a condenar al mundo, sino a salvarlo.

Jueves 11 de Abril de 2013. Memoria de san Estanislao, obispo y mártir

- Hch 5,27-33
- Sal 33
- Jn 3,31-36

Hay un modo de vivir resignado que se resiste a soñar y a esperar un futuro mejor para sí y para los demás. No sabe ir más allá de sus experiencias cotidianas, con sus desilusiones y fracasos, con los obstáculos y las amarguras, renunciando a observar la realidad con una mirada alta, como lo hace el Evangelio. Sólo radicados profundamente en el mundo podremos sentir la necesidad de creer en "Aquel que viene del cielo".

Viernes 12 de Abril de 2013

- Hch 5,34-42
- Sal 26
- Jn 6,1-15

La gente con tal de escuchar a Jesús es capaz de olvidarse hasta de comer. Y Jesús se da cuenta y pide a los discípulos que les den de comer. A ellos que están con los bolsillos vacíos. No han conocido bien al Maestro todavía. El pan en manos de Jesús se multiplica. Son manos que no retienen, sino que dan. Están acostumbradas a abrirse, a compartir con generosidad. De ahí, al final, que sobre.

Sábado 13 de Abril de 2013

- Hch 6,1-7
- Sal 32
- Jn 6,16-21

En los momentos tormentosos de la vida es fácil que vengan dudas. El sufrimiento desconcierta, los desastres naturales te dejan sin palabras, es como si el mal se adueñase de todo. Y dudamos de nuestro futuro. Y sin embargo el Señor está cerca y sabe caminar en medio de la oscuridad y del peligro. Parece más seguro aferrarse a la barca, hasta que escuchamos: "Soy yo, no temáis", y vemos su mano extendida.

Domingo 14 de Abril de 2013. Tercer Domingo de Pascua

- Hch 5, 27b-32. 40b-41
- Sal 29
- Ap 5, 11-14
- Jn 21, 1-19

“Aquella noche no pescaron nada”. Una amarga experiencia para Pedro y los demás. Una experiencia que todos conocemos, la del fracaso. Esa oscuridad que nos habla de la ausencia del Señor. Pero Él llega para hacernos volver a intentarlo. Hay que volver a arrojar la red. Es su palabra la que manda y la que hace que todo sea posible. Es la palabra y el cuerpo que se da del Resucitado.

Lunes 15 de Abril de 2013

- Hch 6,8-15
- Sal 118
- Jn 6,22-29

Jesús se retira, solo, al monte. Necesita encontrarse con el Padre. Sabe que la gente le busca por interés propio, no “por el alimento que no perece, que salta hasta la vida eterna”. No es lo que esperaba. Llegar a ser discípulo suyo exige comprometerse con él en un trabajo duro y largo. Exige escucha, decisión, aplicación, continuidad, compromiso, cansancio. De otro modo no es posible llegar a ser su discípulo.

Martes 16 de Abril de 2013

- Hch 7,51-8,1a
- Sal 30
- Jn 6,30-35

Sabemos que el pan venido del cielo no está lejos de nosotros, está al alcance de todos. Ese pan no nos faltará nunca si sabemos pedirlo: “¡Danos siempre de ese pan!”. Con ese pan se saciará nuestra ansia de felicidad si usamos nuestra vida no para conservarla sino para gastarla por los demás. Es el milagro que se lleva a cabo cada día en la Eucaristía, Cuerpo partido, Sangre derramada.

Miércoles 17 de Abril de 2013

- Hch 8,1b-8
- Sal 65
- Jn 6,35-40

En los hombres hay hambre de sentido, de vida duradera y provechosa, de felicidad. ¿Quién posee un alimento que pueda satisfacer esta hambre? El Señor lo dice claramente: “Yo soy el pan de vida...”. Esta es la paradoja donde se fundamenta la Eucaristía: la vida duradera y plena no es la que conserva toda para uno mismo, sino la que se desgasta por los demás. No perder a nadie, salvar a todos.

Jueves 18 de Abril de 2013 . P. Esteban Sala, confundador y primer superior general (Cal CMF, 93-100)

- Hch 8,26-40
- Sal 65
- Jn 6,44-51

Los que escuchaban a Jesús no podían aceptar que viniese del cielo, que hubiese sido enviado por Dios. Saben muy bien de dónde viene. No son capaces de comprender que es de la periferia de donde viene la salvación. Es un escándalo que todavía continúa, comprender que la Palabra pueda presentarse a través de la debilidad de las palabras evangélicas. Pero nos encontramos en el corazón de la fe cristiana.

Viernes 19 de Abril de 2013

- Hch 9,1-20
- Sal 116
- Jn 6,52-59

“¿Cómo puede este dar a comer su carne?”. Hablan así porque no quieren confesar su propia hambre, porque no quieren tender la mano como hacen los mendigos. Están llenos de sí mismos. Es posible que también nosotros tengamos necesidad de extender la mano, mendigando amor y atención, aunque no queramos reconocerlo. Pero es una condición para poseer la vida eterna.

Sábado 20 de Abril de 2013

- Hch 9,31-42
- Sal 115
- Jn 6,60-69

El evangelista nos dice que Jesús “es” el pan, no que “tiene” el pan, como pensaba la gente. Parece una afirmación excesiva, dura. Por eso abandonan a Jesús. Él se dirige a los doce (es la primera vez que en este evangelio aparece esta expresión) y les pregunta sobre sus intenciones. Es uno de los momentos más dramáticos de la vida de Jesús. Se arriesga a quedarse solo. Pero, sin Él ¿a dónde iremos?

Domingo 21 de Abril de 2013. Cuarto Domingo de Pascua

- Hch 13, 14. 43-52
- Sal 99
- Ap 7, 9. 14b-17
- Jn 10, 27-30

Ser fieles al Señor significa escuchar su voz y seguirlo cada día. Si no le sigues la voz se pierde, si no caminas cada día con Él desaparece su voz en el horizonte y te pierdes. Pero si caminas en comunidad es muy posible que no desfallezcas. De todos modos la voluntad del Señor es que ninguno se pierda, que nadie te pueda apartar de su lado. Y sabemos que el Señor es bueno, fuerte y celoso.

Lunes 22 de Abril de 2013

- Hch 11,1-18
- Sal 41
- Jn 10,1-10

Jesús se presenta como el Buen Pastor. En una sociedad tan agresiva, tan competitiva, a veces tan cruel, necesitamos una imagen como ésta. Alguien que se interesa más por los demás que por sí mismo. Hay demasiado mercenario y, como decía San Ambrosio: “¿Cuántos dueños acaban por tener aquellos que rechazan al único Señor!”. Jesús entra por la puerta principal, la del corazón.

Martes 23 de Abril de 2013

- Hch 11,19-26
- Sal 86
- Jn 10,22-30

A unos les movía la curiosidad: “¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso?”, a otros la necesidad: pedían la curación, el perdón, una vida nueva. Por eso las obras del Señor tienen efectos diversos. Mientras a unos les llevan a la salvación, a otros les resultan fastidiosas o inútiles. Es la diferencia entre los que son discípulos y los que no lo son, entre los que necesitan salvación y los que solamente buscan por curiosidad.

Miércoles 24 de Abril de 2013

- Hch 12,24-13,5
- Sal 66
- Jn 12,44-50

El Señor es la luz que ha venido al mundo. Pero la luz no sirve solo para desenmascarar lo que no va, sino que es una luz que calienta, que señala el camino, que hace que veamos y nos encontremos con los demás. El Señor es la Palabra, pero no para juzgar, sino para comunicar la bondad de Dios, que quiere la salvación de todos. “Porque no he venido para condenar al mundo sino para salvarlo”.

Jueves 25 de Abril de 2013. Fiesta de san Marcos, evangelista

- 1 Pe 5,5b-14
- Sal 88
- Mc 16,15-20

Con la narración de la última cena entramos en los últimos días de la vida de Jesús. Le queda una cosa más por comunicar a sus discípulos. Y lo hace lavándoles los pies. Marcos lo ha escuchado de Pedro. El Maestro se arrodilló delante de él y le dijo: “Haced vosotros lo mismo”. Y Marcos, y la comunidad de Roma seguramente, comprendió por qué Pedro dio también su vida en la cruz.

Viernes 26 de Abril de 2013

- Hch 13,26-33
- Sal 2
- Jn 14,1-6

Jesús apenas ha fundado su comunidad y ya están escuchando los discípulos: “Me queda poco de estar con vosotros”. ¿Cómo resignarse a perder un amigo así? Es muy fácil decir “no se turbe vuestro corazón”. Pero el Señor no puede engañarles cuando les dice “quiero que donde estoy yo estéis también vosotros”. “Quiero...”. Ya no importa, no se va, simplemente camina delante de ellos.

Sábado 27 de Abril de 2013

- Hch 13,44-52
- Sal 97
- Jn 14,7-14

Los discípulos quieren conocer el camino. No recuerdan que Él es el Camino. Quieren ver al Padre, no recuerdan que Él es su Hijo amado, y quien le ha visto a Él ha visto al Padre. Caminar a su lado, mirarle, estar con Él, ha sido el modo más fácil y humano de poder entender el misterio escondido de Dios. Le han visto curar, llorar, sufrir, perdonar. Han visto al Padre.

Domingo 28 de Abril de 2013. Quinto Domingo de Pascua

- Hch 14, 21b-27
- Sal 144
- Ap 21, 1-5a
- Jn 13, 31-33a. 34-35

Los apóstoles se encuentran con Jesús resucitado unas veces en el Cenáculo, otras en el camino, otras en el mar. Nos ocurre también a nosotros. Y el que se olvida de encontrarse con Aquel que ha vencido a la muerte corre el peligro de quedarse perdido en medio de su soledad. Basta alzar los ojos de nuestra pequeña vida para darnos cuenta de que le podemos encontrar en medio del sufrimiento de los otros.

Lunes 29 de Abril de 2013. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (Cal CMF, 101-107)

- Hch 14,5-18
- Sal 113
- Jn 14,21-26

El discurso que Jesús hace a Judas Tadeo es la respuesta a una pregunta que todos nos hacemos ante las palabras de Jesús: ¿Qué es eso de revelarse sólo a unos pocos? En el designio de Dios ha sido el modo providencial de preservar la fe original que viene del Espíritu. La misma inspiración a los autores de los evangelios nos hace pensar que Dios sabe cómo seleccionar las palabras y también los oídos.

Martes 30 de Abril de 2013

- Hch 14,19-28
- Sal 144
- Jn 14,27-31a

Todas las despedidas son difíciles y dolorosas. También la de Jesús. El único remedio es pacificar el corazón y prometer la vuelta: “Me voy, pero volveré a vosotros”. Parece una contradicción, pero estar junto al Padre es estar más cerca. Llega la dispersión, y esto requiere otro modo de presencia. Es la presencia de la cual hoy gozamos, estemos donde estemos. El amor siempre encuentra respuesta.

Miércoles 1 de Mayo de 2013

- Hch 15,1-6
- Sal 121
- Jn 15,1-8

Lo que hace que haya una vinculación entre maestro y discípulo es la amistad. Ya Abraham es llamado amigo y no siervo, porque Dios no le escondía nada. Eso hace Jesús con sus discípulos. La palabra amigo no es una simple expresión, es un compromiso, un pacto. Hasta dar la vida. Cuando estas cosas se dicen la noche antes de morir, se convierten en algo perfectamente serio.

Jueves 2 de Mayo de 2013. Memoria de san Atanasio, obispo y doctor

- Hch 15,7-21
- Sal 95
- Jn 15,9-11

Jesús confiesa abiertamente en qué consiste su amor. Al final es el amor la fuente de la felicidad. Y cuando uno ama a alguien es porque en cierto modo le considera superior. Con Jesús, en estar unidos a Él nos va la vida. Él es la vida y queremos vivir junto a Él. La historia del joven rico que se va triste es una historia sin final, que desaparece en la niebla.

Viernes 3 de Mayo de 2013. Fiesta de los santos Felipe y Santiago, apóstoles (Cal CMF, 111-117)

- 1 Cor 15,1-8
- Sal 18
- Jn 14,6-14

La pregunta de Felipe y la respuesta de Jesús indican una unidad entre el Padre y el Hijo tan estrecha que son palabras de salvación, de amor, de entrega. La obra de Jesús representa la prueba mayor de esta unidad. Y luego las dos promesas: el que crea hará obras aún mayores y el que se dirija al Padre en su nombre será siempre escuchado.

Sábado 4 de Mayo de 2013

- Hch 16,1-10
- Sal 99
- Jn 15,18-21

No es posible reconciliar la benevolencia gratuita que debe caracterizar al verdadero discípulo de Jesús con la lógica mundana que busca siempre el provecho, o por lo menos el intercambio. De todos modos seguimos siendo ciudadanos de este mundo y, como dice la Carta a Diogneto, insertos en él, pero como peregrinos que se orientan hacia la meta de una realidad diversa y mejor.

Domingo 5 de Mayo de 2013. Sexto Domingo de Pascua

- Hch 15, 1-2. 22-29
- Sal 66
- Ap 21, 10-14. 22-23
- Jn 14, 23-29

Comenzamos a intuir la venida del Espíritu Santo. Es la gran promesa de Jesús para dar confianza a los suyos. Primero amar y luego observar su palabra, esa es la condición para asegurarse la presencia del Padre y del Hijo. Pero estamos todavía en los inicios en lo que se refiere a la comprensión de la Palabra. Necesitamos profundizar en ella para que se haga realidad la promesa de Jesús.

Lunes 6 de Mayo de 2013

- Hch 16,11-15
- Sal 149
- Jn 15,26-16,4a

Es el momento de confirmarse en el amor mutuo, aquel amor que les ha unido hasta ahora al Señor. Un don que no empobrece, al contrario. El testimonio de este vínculo seguramente suscitará hostilidad por parte de los que no lo conocen. De ahí la responsabilidad de dar a conocer el Evangelio, de acercar a todo el mundo a Él. En definitiva, de descubrir al mundo otro modo de concebir la vida.

Martes 7 de Mayo de 2013. Canonización de san Antonio María Claret (1950) (Cal CMF, 119-125)

- Hch 16,22-34
- Sal 137
- Jn 16,5-11

La enseñanza de Jesús es como una energía que llena el corazón y transforma la vida. Les ha hablado del odio del mundo y de las persecuciones. Ha notado tristeza en sus corazones, pero eso no le va a echar atrás. Se tiene que ir. Si no, “el Paráclito no vendrá a vosotros”. Y sin el Espíritu muchas palabras suyas quedarán sin posible comprensión. Él lo aclarará todo.

Miércoles 8 de Mayo de 2013

- Hch 17, 15.22-18,1
- Sal 148
- Jn 16,12-15

Parece como si Jesús no quisiera dejar de hablar. “Hay todavía muchas cosas...”. Pero ve que todavía no son capaces los discípulos de cargar con el peso del Evangelio. Pero no necesita de sabios, ni de gente fuerte a quien confiar su misión. Lo que quiere simplemente es que se dejen transformar, que no frenen la energía de su mensaje. Él no les abandonará nunca. No nos abandonará nunca.

Jueves 9 de Mayo de 2013

- Hch 18,1-8
- Sal 97
- Jn 16,16-20

Jesús está enseñando a sus discípulos cómo deben vivir junto a él de un modo nuevo cuando Él falte. Acaba un modo de vida pero comienza otro que no acabará nunca y que será capaz de vencer la distancia, pero sólo si continúan a desearle y a buscarle. Para los discípulos es una paradoja, ¿cómo puede la distancia hacerse cercanía? La oración de invocación lo hará posible.

Viernes 10 de Mayo de 2013. Memoria de san Juan de Ávila, presbítero (Cal CMF, 127-133)

- Hch 18,9-18
- Sal 46
- Jn 16,20-23a

La amistad con el Señor no es una improvisación, es como un parto fruto de una gestación larga y fatigosa. El fruto es una nueva vida. Por eso no debemos dejarnos abatir por las dificultades con las que a veces non encontramos a la hora de acoger la Palabra. Se trata de un trabajo paciente que al final nos dará la capacidad de gustar la dulzura que viene del Evangelio.

Sábado 11 de Mayo de 2013

- Hch 18,23-28
- Sal 46
- Jn 16,23b-28

El Señor enseña a los discípulos a orar. Y no lo hace con una lección teórica, sino que se ofrece a sí mismo como ejemplo. Aprender de su confianza, de la certeza con la que Él ora, seguros de que el Padre no nos negará todo lo que es bueno para nosotros y para todos. Eso es “orar en su nombre”. Reconocer que necesitamos su ayuda, que no nos podemos bastar por nosotros mismos.

Domingo 12 de Mayo de 2013. Ascensión del Señor

- Hch 1, 1-11
- Sal 46
- Ef 1, 17-23. (O bien Heb 9, 24-28; 10, 19-23)
- Lc 24, 46-53

Los discípulos ya habían preguntado si había llegado finalmente del momento de fundar el nuevo reino de Israel. O sea ¿hemos acabado ya con el mal? ¿Cuándo? Es también nuestra pregunta. Pero Jesús no responde. Sólo les asegura su presencia, una presencia que se extiende en el espacio y el tiempo. Lo cual es motivo de grande alegría para todos. En la Ascensión comenzamos a intuir nuestro futuro.

Lunes 13 de Mayo de 2013

- Hch 19, 1-8
- Sal 67
- Jn 16, 29-33

Los discípulos se creen que han entendido todo. Como Jesús les ha abierto el corazón a la belleza de la vida con el Padre creen que ya la poseen. Pero Jesús les descubre su debilidad, la que poco después les llevará a abandonarle. Necesitamos su ayuda. No basta entender la Palabra, hay que poseerla. Para esto se necesita reconocer la debilidad propia y aceptar su ayuda.

Martes 14 de Mayo de 2013. Fiesta de san Matías (Cal CMF, 135-139); Mariano Avellana (Cal CMF, 141-147)

- Hch 1, 15-17. 20-26
- Sal 112
- Jn 15, 9-17

Matías es un apóstol que entra en el grupo casi de puntillas y con mucha humildad. Apenas sabemos algo de él, pero sabemos que fue elegido por el Espíritu Santo, después de un profundo discernimiento y una intensa oración. Es un ejemplo de cómo debemos ponernos al servicio del Espíritu en las grandes decisiones, sin escamotear nuestras propias responsabilidades.

Miércoles 15 de Mayo de 2013

- Hch 20, 28-38
- Sal 67
- Jn 17, 11b-19

El Señor ora por sus discípulos. No piensa en sí mismo. A pesar de la amenaza de traición. Está preocupado por ellos. Van a sufrir pruebas muy duras. Sabe que la tentación de caminar por su cuenta lleva consigo la debilidad. Es nuestra gran tentación. Pero la última palabra no es del maligno. Él les va a mostrar el camino, cómo salvarse, rechazando la lógica del vivir para uno mismo.

Jueves 16 de Mayo de 2013

- Hch 22, 30; 23, 6-11
- Sal 15
- Jn 17, 20-26

Parece como si cayera el muro que encierra el cenáculo y Jesús contemplara la multitud de hombres y mujeres provenientes de todos los rincones de la tierra que buscan consuelo y paz. Jesús ora por ellos y pide al Padre que sean uno. Sabe de lo que es capaz el espíritu de la división. Solo el amor exagerado de Jesús proteger a sus discípulos y unirlos en una sola vocación, la suya.

Viernes 17 de Mayo de 2013

- Hch 25, 13-21
- Sal 102
- Jn 21, 15-19

Jesús pregunta a Pedro sobre el amor. No le pregunta sobre el sentido del deber, no le pregunta sobre la fuerza de voluntad. Y le pregunta tres veces para hacerle entender que es la pregunta esencial que hay que hacerse cada día. Pedro se resiste, pero al final encuentra la respuesta, la que deja claro que hay que dejarse llevar por el Señor para poder cumplir la misión.

Sábado 18 de Mayo de 2013

- Hch 28, 16-20. 30-31
- Sal 10
- Jn 21, 20-25

¡Qué difícil es dar frutos sin el sol del Evangelio! Pero cuando Él aparece y come con ellos comienza a renacer la esperanza. Pero ahora ya saben lo que es pescar por su cuenta sin conseguir nada. Ahora han comprendido que es su cercanía la que hace posible el milagro de la abundancia. Han reconocido a Jesús resucitado, el que se va pero se queda con ellos para siempre.

- Hch 2,1-11
- Sal 103
- 1 Cor 12,3b-7.12-13
- Jn 20,19-23

Cuando el Espíritu Santo llegó ya estaban todos juntos en el cenáculo. Seguramente fue el culmen de un proceso. Estaban preparados, expectantes. Cuando se espera una noticia, en cierto modo ya está presente y la acogida dispuesta. El Padre da el Espíritu Santo a los que lo piden. Es el momento. No dejemos pasar un día más sin pedirselo. Cualquier día puede ser Pentecostés.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: “*Faciem tuam, Domine, requiram*” (n. 5)

«Escucha, hijo» (*Pr* 1, 8). La obediencia es ante todo actitud filial. Es un particular tipo de escucha que sólo puede prestar un hijo a su padre, por tener la certeza de que el padre sólo tiene cosas buenas que decir y dar al hijo; una escucha entrelazada de una confianza que al hijo le hace acoger la voluntad del padre, seguro como está de que será para su bien.

Todo esto es muchísimo más cierto en relación con Dios. En efecto, nosotros alcanzamos nuestra plenitud sólo en la medida en que nos insertamos en el plan con el cual Él nos ha concebido con amor de Padre. Por tanto la obediencia es la única forma que tiene la persona humana, ser inteligente y libre, de realizarse plenamente. Y, cuando dice «no» a Dios, la persona humana compromete el proyecto divino, se empujea a sí misma y queda abocada al fracaso.

La obediencia a Dios es camino de crecimiento y, en consecuencia, de libertad de la persona, porque permite acoger

un proyecto o una voluntad distinta de la propia, que no sólo no mortifica o disminuye, sino que fundamenta la dignidad humana. Al mismo tiempo, también la libertad es en sí un camino de obediencia, porque el creyente realiza su ser libre obedeciendo como hijo al plan del Padre. Es claro que una tal obediencia exige reconocerse como hijos y disfrutar siéndolo, porque sólo un hijo y una hija pueden entregarse libremente en manos del Padre, igual que el Hijo Jesús, que se ha abandonado al Padre. Y, si en su pasión ha llegado incluso a entregarse a Judas, a los sumos sacerdotes, a quienes lo flagelaban, a la muchedumbre hostil y a sus verdugos, lo ha hecho sólo porque estaba absolutamente seguro de que todo encontraba significado en la fidelidad total al plan de salvación querido por el Padre, a quien — como recuerda san Bernardo — «lo que agradó no fue la muerte, sino la voluntad del que moría libremente».

Anexo 2: El misterio de la obediencia consagrada (Severino M. Alonso, cmf)

Hablar de obediencia consagrada es hablar de una obediencia configurada realmente con la vivida por Jesús. O, mejor aún, es hablar de una vocación y de un compromiso -ratificado con voto- de revivir en la Iglesia el mismo misterio de obediencia radical vivido por Jesús en su existencia terrena.

La obediencia consagrada no es simplemente un *consejo*, como tampoco lo son la castidad y la pobreza, sino un verdadero carisma, es decir, un especial don de gracia, concedido por el Espíritu Santo a la Iglesia, y en ella a determinadas personas, para revivir intensamente esta dimensión de la vida y del misterio de Jesús. Por eso, ha que tener el mismo contenido fundamental de su obediencia, y responder a sus mismas motivaciones.

Hemos descrito la obediencia histórica de Jesús, diciendo que fue sumisión total en amor (=filial) al querer del Padre, manifestado y discernido, muchas veces, a través de mediaciones humanas.

En la vida religiosa, es decir, en la vida especialmente consagrada, porque intenta ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús, como Verbo encarnado, ante el Padre y ante los hermanos” (VC 22), en respuesta a una peculiar vocación, se quiere vivir comprometidamente -por eso y para eso, se hace profesión, por medio de voto público- la misma obediencia vivida por Jesús. Por tanto, el voto religioso no puede reducirse, -como desdichadamente afirmaron los juristas- al compromiso de cumplir el mandado explícito de los superiores, cuando lo imponen en conformidad con el derecho universal y con el propio del respectivo instituto. Si a esto se redujera, el voto quedaría privado de todo fundamento y contenido cristológicos, y dejaría de ser una realidad evangélica. Lo cual sería gravísimo.

El voto religioso de obediencia es el compromiso público, aceptado como tal por la Iglesia, de acoger la voluntad de Dios como único criterio de vida, discernida e interpretada a través de múltiples mediaciones humanas y, de modo particular, por medio de los superiores, en sus distintos grados. Abarca, pues, todo el ámbito de la obediencia cristiana, tal

como se pretende vivir -por una especial vocación- en la vida consagrada. Es decir, abarca todo el proyecto evangélico de vida, y comprende todas las mediaciones: la propia conciencia, la palabra de Dios, el magisterio de la Iglesia, los signos de los tiempos, las necesidades y aspiraciones de los hombres, la voz humilde de los hermanos, la voz más solemne de la propia comunidad, las constituciones del propio instituto y, de un modo especial, sus respectivos superiores. Por eso, es obediencia radical. Y va a implicar y supone, de hecho, la *renuncia* explícita a programarse la propia vida (cf. ET 7), para aceptar -como expresión concreta y objetiva de la voluntad de Dios- el programa que ofrece al religioso la gran mediación de su propio instituto, a través, fundamentalmente, de sus hermanos y también de sus estructuras y, especialmente, a través de las Constituciones y de las distintas instancias de gobierno.

La obediencia no es simplemente una virtud moral, estrechamente vinculada a la virtud cardinal de la justicia, como pensó la escolástica y repitieron los moralistas. La obediencia cristiana tiene un valor intrínseco y un sentido estrictamente teologal, como expresión y como objetivación de la fe, de la que no se distingue adecuadamente. Más aún, es también -y, sobre todo- expresión dinámica de la virtud teologal de la caridad.

Lo que da su verdadero valor y su último sentido a la obediencia -de un modo especial en la vida consagrada- no es la *renuncia a la propia voluntad*, que no pasaría de ser un ejercicio ascético, sino el hecho de ser una adhesión libre e incondicional -por amor- a la voluntad de Dios. Jesús mismo vive su misterio de obediencia como expresión concreta y como demostración palmaria de su amor al Padre. Su obediencia nace de su amor y es esencialmente amor. Y su amor se expresa y comprueba en la más perfecta obediencia, en el cumplimiento fiel de la voluntad del Padre. “Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn 8, 29). “El mundo ha de saber que amo al Padre, y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31).

Anexo 3: La obediencia como liberación (Francisco J. Carballo, op)

La obediencia es un voto de liberación cristiana. El modelo de nuestra obediencia es Jesucristo. Es decir, el modelo de nuestra obediencia es la libertad de Jesucristo. Por ello, es necesario permanecer unidos a Él, y así aprender a vivir en libertad y en obediencia liberadora. La libertad de los hijos de Dios es la que coincide con la realización de la propia vocación. Somos más libres cuanto más coincidimos con nosotros mismos, cuanto más nos acercamos a lo que estamos llamados a ser. La libertad es la responsabilidad con nuestra vocación, una vocación de entrega de uno mismo a la misión de la predicación. Por ello, la obediencia exige que cada uno asuma la responsabilidad que le compete. El primer paso de la obediencia no es hacer lo que el superior me manda, sino asumir la propia responsabilidad. La obediencia es la disponibilidad a encarnar esta responsabilidad y entrega en todo momento, sobre todo en los momentos de dificultad y sufrimiento.

En esta obediencia está la libertad de quien entrega su vida a la causa del evangelio, la libertad de los hijos e hijas de Dios.

Es impresionante el testimonio de Dietrich Bonhoeffer: “¿Quién se mantiene firme? Sólo aquél para quien la norma suprema no es su razón, sus principios, su conciencia, su libertad o su virtud, sino que es capaz de sacrificarlo todo, cuando se siente llamado en la fe y en la sola unión con Dios a la acción obediente y responsable; el responsable, cuya vida no desea ser sino una respuesta a la pregunta y a la llamada de Dios... En la subordinación de todos los deseos y pensamientos personales a la misión que nos habían encomendado vimos el sentido y la grandeza de nuestra vida”. Es decir, la obediencia engendra la liberación interna de la persona para una vida responsable ante Dios. Se trata de dar a la voluntad de Dios y a la misión a la que nos envía el primado de nuestra acción y existencia. Algo que no se consigue de la noche a la mañana, sino que supone un proceso de aprendizaje y entrenamiento que nos va liberando para el Reino de Dios.

Por eso no basta con el cumplimiento de la obediencia externa. Hay que hacer el esfuerzo personal de llegar “a un mismo sentir y pensar”, alcanzar la armonía en la unanimi-

dad comunitaria y entregarse plenamente a la misión común. La obediencia no consiste sólo en hacer lo mandado, sino en aceptar desde nuestro interior, desde la más íntima libertad interior, el primado de la voluntad común. El voto de obediencia expresa la absoluta referencia del prójimo en la propia vida, pero no como una dinámica de anulación del 'yo' individual, sino como una purificación y una disponibilidad. Purificación de las tendencias egoístas de quien sólo vive para sí mismo y disponibilidad para poder vivir en favor de los demás.

La obediencia refleja la dinámica de "despertencia" y desposesión que ponen en marcha los votos religiosos. Cuando entramos en la vida religiosa sabemos que ya no somos nosotros los que vamos decidiendo y marcando nuestro rumbo. Nuestro futuro no nos pertenece porque es lo que hemos querido poner en manos de Dios en la profesión. Entregar a Dios nuestro futuro de una manera tan radical, tiene como consecuencia la disponibilidad a lo que los hermanos nos pidan y a ser enviados a donde la misión de nos necesite. Uno de los primeros frutos de la liberación de la obediencia es una mayor disponibilidad.

Anexo 4: La belleza de la vida consagrada (Benedicto XVI)

El servicio a la autoridad exige una presencia constante, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas que se os han confiado a corresponder con una fidelidad siempre nueva a la llamada del Espíritu. Esta tarea vuestra con frecuencia va acompañada por la Cruz y a veces también por una soledad que exige un sentido profundo de responsabilidad, una generosidad que no conoce desfallecimiento y un constante olvido de vosotros mismos. Estáis llamados a apoyar y guiar a vuestros hermanos y a vuestras hermanas en una época que no es fácil, caracterizada por muchas insidias. Los consagrados y las consagradas tienen hoy la tarea de ser testigos de la transfigurante presencia de Dios en un mundo cada vez más desorientado y confundido, un mundo en el que los matices han sustituido a los colores sumamente claros y destacados. Mirar a nuestro tiempo con los ojos de la fe significa ser capaz de mirar al hombre, al mundo y a la historia a la luz de Cristo crucificado y resucitado, única estrella capaz de orientar «al hombre que avanza entre los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática» (*Fides et ratio*, 15).

La vida consagrada en los últimos años ha vuelto a ser comprendida con un espíritu más evangélico, más eclesial y más apostólico; pero no podemos ignorar que algunas opciones concretas no han ofrecido al mundo el rostro auténtico y vivificante de Cristo. De hecho, la cultura secularizada ha penetrado en la mente y en el corazón de no pocos consagrados, que ven en ella una forma de acceso a la modernidad y de acercamiento al mundo contemporáneo. La consecuencia es que junto con un indudable impulso generoso, capaz de testimonio y de entrega total, la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista. En el Evangelio, Jesús nos dice que sólo hay dos caminos: uno es el angosto que conduce a la Vida, el otro es el espacioso que lleva a la perdición (cf. *Mt 7, 13-14*). La verdadera alternativa es y será siempre la aceptación del Dios vivo, por medio del servicio de obediencia por la fe, o el rechazo del mismo Dios. Una condición previa del seguimiento de Cristo es la renuncia y el desapego de todo lo que no es de Él. El Señor quiere hombres y mujeres

Hay quien piensa -parafraseando a Ernst Bloch- que lo mejor de la religión es que ha producido hombres "desobedientes". En ellos se vería reflejado lo más interesante y creativo del fenómeno religioso. Los verdaderos "modelos" son los que no se doblegan a la autoridad y los que transgreden las normas y opiniones comunes por una causa mayor. Esta "desobediencia" se reflejaría en algunos profetas, místicos y santos. Sin embargo, no se repara lo suficiente en que lo que a veces está detrás de un comportamiento aparentemente "desobediente" es una obediencia, si cabe, aún mayor y más responsable, en la que resuena la respuesta de los apóstoles: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (*Hch 5, 29*). Lo malo sería que lo único que hubiera detrás de nuestras desobediencias fuera una "obediencia" a lo peor de uno mismo.

libres, que no estén condicionados, capaces de abandonarlo todo para encontrar sólo en Él su todo. Se necesitan opciones valientes, a nivel personal y comunitario, que impriman una nueva disciplina a la vida de las personas consagradas y las lleven a redescubrir la dimensión integral del seguimiento de Cristo.

Pertenecer totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertenecer al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve. Ser totalmente de Cristo siendo una permanente confesión de fe, una inequívoca proclamación de la verdad que libera de la seducción de los falsos ídolos que deslumbran al mundo. Ser de Cristo significa mantener siempre ardiente en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente por la riqueza de la fe, no sólo cuando lleva consigo la alegría interior, sino también cuando va unida a las dificultades, a la aridez, al sufrimiento. El alimento de la vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma consagrada con el Esposo divino. Un alimento más rico todavía es la cotidiana participación en el misterio inefable de la divina Eucaristía, en la que se hace presente constantemente Cristo resucitado en la realidad de su carne.

La última reunión plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica tuvo por tema *El servicio de autoridad*. Es una ocasión para profundizar en la reflexión sobre un ejercicio de la autoridad y de la obediencia que esté cada vez más inspirado por el Evangelio. El yugo de quien está llamado a desempeñar la delicada tarea de superior y de superiora a todos los niveles será suave en la medida en que los consagrados sepan redescubrir el valor de la obediencia profesada, que tiene como modelo la de Abraham, nuestro padre en la fe, y más aún la de Cristo. Es necesario dejar a un lado el voluntarismo y la improvisación para abrazar la lógica de la Cruz.

*Et ideo, choris angelicis sociatis,
Te aludamus in gaudio confitentes : Sanctus
Propter quod caelestia tibi atque terrestria
Canticum novum concinunt adorando...* (prefacio II de la Santísima Eucaristía).

«Por esencia, la alegría cristiana es participación en la gloria insondable, a la vez divina y humana, que se encuentra en el corazón del Cristo glorificado» (*Gaudete in Domino*, II), y esta participación en la alegría del Señor «no se puede dissociar de la celebración del misterio eucarístico» (*ibidem*, IV), de modo particular de la Eucaristía celebrada en el «dies Domini».

«El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. *Rm* 14,17; *Gal* 5, 22)» (*Dies Domini*, 56).

Diversos son los elementos que en la Misa subrayan la alegría del encuentro con Cristo y con los hermanos, ya sea en las palabras (piénsese en el Gloria, el prefacio), ya sea en los gestos y en el clima festivo (la acogida, los ornamentos florales y el uso del adecuado acompañamiento musical, según lo permite el tiempo litúrgico).

Una expresión de la alegría del corazón es el canto, que no es simplemente un embellecimiento exterior de la celebración eucarística (cf. *IGMR*, 39, *Dies Domini*, 50).

La asamblea celestial, con la que se une la asamblea eucarística celebrando los sagrados misterios, canta con alegría las alabanzas del Cordero inmolado que vive para siempre, porque con Él ya no hay más luto, ni llanto, ni lamento. Cantar la Misa y no simplemente cantar en la Misa, nos permite experimentar que el Señor Jesús vine a hacer comunión con nosotros «para que su alegría esté en nosotros y nuestra alegría sea plena» (cf. *Jn* 15,11; 16,24; 17,13).

¡Nos colmarás de alegría, Señor, con tu presencia!

El domingo se reviste de la alegría de la celebración eucarística, enseñándonos a alegrarnos siempre en el Señor; a gustar la alegría del encuentro fraterno y de la amistad; a compartir la alegría recibida como don (cf. *Dies Domini*, 55-58).

Sería un contrasentido para quien participa en la Eucaristía dejarse dominar por la tristeza. La alegría cristiana no niega el sufrimiento, las preocupaciones, el dolor; sería una ingenuidad. El llanto al sembrar nos enseña a vislumbrar la alegría de la siega.

El sufrimiento del Viernes Santo espera el gozo de la mañana de Pascua.

La Eucaristía educa a gozar junto con los otros, sin retener para sí mismo la alegría recibida como don. El Dios con nosotros y para nosotros pone el sello de su presencia en nuestras tristezas, en nuestros dolores, en nuestros sufrimientos. Llamándonos a entrar en comunión con Él, nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos nosotros también consolar a aquellos que se encuentran en cualquier tipo de aflicción (cf. *2 Cor* 1,4).

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Conocí que nunca jamás el misionero se debe entrometer, debe ofrecerse al Prelado; **debe decir: *Ecce ego, mitte me***, pero no debe ir hasta que el Prelado lo mande, que será mandato del mismo Dios. Todos los profetas del Antiguo Testamento fueron enviados por Dios. El mismo Jesucristo fue enviado de Dios, y Jesús envió a sus apóstoles. *Sicut misit me Pater et ego mitto vos*”
(Aut 195)